esta por primilla; porque soy de tal condicion con mis amigos, que pues ellos hallan en mí las entrañas abiertas, no es justo que yo halle sus puertas cerradas. Y porque en materia tan enojosa no es justo que la pluma sea pesada, yo quiero acabarme de quejar, con tal que vos os comenceis á emendar. No mas, sino que nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mí dé gracia que le sirva. De Arévalo á 6 de mayo de 1523.

## EPISTOLA X.

Letra para un judío de Nápoles, sobre una disputa que hubo con el autor, y expónese la autoridad de la Escritura, que dice: *Non abominaberis Ægyptum, neque Idumæum.*

Honrado y obstinado Judío: Muchas horas ántes que esta letra te escribiese, estuve conmigo imaginando y mi juicio fatigando, qué título te pondria y con qué sobrescrito te escribiria, el cual en tí bien cupiese. Dando pues y tomando en el negocio, hallé por mi cuenta que si te llamo señor no cabe en tí, porque eres pobre miserable. Si te llamo vecino, tampoco acierto en ello, porque moras muy léjos de do yo moro. Si te llamo pariente, no lo consentirán mis parientes, pues yo soy de los de Guevara, y tú de los de Judea. Si te llamo virtuoso, es levantarte falso testimonio, pues no quieres ser cristiano y te precias de ser judío. Si te llamo generoso y valeroso, mas mentiria en esto que en todo lo otro, pues nunca fuiste á la guerra ni aun sabes ceñir espada. Si te llamo docto y sabio, dirán todos que no sé lo que digo, pues no tienes en la escritura fidelidad ni tratas en las disputas verdad. Si te llamo grave y cuerdo, á fe de cristiano que te lo levanto, porque en todo lo que arguyes eres cabezudo, y en todo lo que defiendes muy obstinado. Determínome pues de llamarte por tu nombre propio, que es Baruc Jafeo, y sobrescribirte conforme á tu condicion natural, llamándote judío porfiado. Pues soy cierto que de ser judío tú te precias, mira que de llamarte porfiado no te corras; que para el Dios de Israel nunca vi judío tan amigo de su opinion ni tan extraño de la razon. Bien te acordarás que en esa sinagoga de Nápoles disputamos y nos barajamos hartas veces tú y yo, sobre querer tú defender la letra seca del Testamento viejo, y yo querer tornar por los misterios del Testamento nuevo; y si no fuera por los padrinos, llegáramos muchas veces á las manos. No estoy desacordado que en una gran disputa que tuvimos el sábado, todos los rabís contra mí y yo contra ellos, sobre si eran cumplidas ó no cumplidas las setenta hebdómadas de Daniel, me dijiste que yo hablaba falsedad y impugnaba la verdad. Mas aun doy gracias á Dios que si yo salí de tu palabra corrido, tú escapaste de la disputa vencido. Acuérdome tambien que disputando otra vez el gran rabí Cucurri y yo sobre el sacerdocio de Melquisedec, y de Aaron, y de Cristo, alegaste tú aquella autoridad que dice: *Non abominaberis Ægyptum et Idumæum*; diciendo y jurando que era tan oscura y tan misteriosa, que ningun cristiano la sabria entender, y ménos exponer. A la hora que dijiste aquella blasfemia, yo confieso mi culpa y mi grave culpa, que se me subió tan de súbito la cólera, que quisiera darte una cuchillada ó una bofetada; porque si somos obligados á defender nuestro rey, tambien somos obligados á tornar por nuestra ley. Ya que el señor obispo de Turpia amansó mi ira y afeó tu palabra, bien te acordarás que sobre si sabria ó no sabria yo exponer aquella palabra de la Escritura, apostamos entre tí y mí una hojaldre judáica y una pinta de vino de Soma: por manera que en la apuesta el uno se mostró borracho y el otro goloso. De haberme contigo enojado pésame, mas de haber contigo apostado pláceme; porque espero en mi buen Cristo, mas que tú en tu acabado Moisen, que á mí alumbrará y á tí confundirá. Como nuestra disputa fué sábado en la tarde, y luego el lúnes siguiente se partió César desde ahí de Nápoles para venirse aquí á Roma, no he podido hasta agora responder á tu duda ni cumplir con mi apuesta. Ante todas cosas, para declarar bien esta duda, me será necesario recontar aquí por órden todo el orígen de vuestra Sinagoga, es á saber: á dó nació, cómo se crió, por dó peregrinó, y aun adónde murió y se enterró; porque si fe tenemos, del sepulcro de la Sinagoga nació la santa madre Iglesia.

*Prosigue el autor, y cuenta muy por extenso el orígen de la Sinagoga.*

Es pues de saber que desde la creacion del mundo mas pasaron de tres mil años, en los cuales nunca Dios tuvo pueblo señalado á do todos le creyesen, ni templo consagrado á do todos le adorasen; sino que en diversas partes tenia diversas personas, en las cuales ponia él su temor y conservaba él su amor. En aquellos antiguos siglos, á la parte de Aquilon, sobre el polo Antártico, bien á la parte del Norte, mas allá del rio Eufrates y mas acá de los montes Adoninios, nacieron y murieron los padres y abuelos del patriarca Abrahan, varones que fuéron mas ricos que católicos, porque se daban mas á la idolatría que no á la fe católica. Desta parte del rio Eufrates poblaron y moraron el padre y la madre de Abrahan, el cual siendo ya casado y aun de Dios alumbrado, se salió de allí de entre los caldeos por no adorar con ellos ídolos. Vínose de aquella hecha Abrahan á tierra de Canaan, á do él y sus hijos y nietos moraron muchos años, recibiendo de los señores de la tierra grandes injurias y de los vecinos comarcanos muchas afrentas. Muerto el patriarca Abrahan y su hijo Isaac, sucedió en su lugar el patriarca Jacob, el cual en edad de ciento treinta años se fué con sus doce hijos á tierra de Egipto, á do era rey Faraon y su visorey el buen Josef. Residieron y moraron en Egipto los descendientes de Abrahan y Isaac y Jacob por espacio de cuatrocientos y quince años, en los cuales ellos fuéron tratados y gobernados por los reyes de Egipto, no como buenos vecinos, sino como malos esclavos. Viendo pues Dios la paciencia de los hebreos y la crueldad de los egipcios, envió allá á Moisen y á Aaron su hermano, los cuales les quitaron la servidumbre que ténian y los pusieron en la libertad que deseaban. Sacó pues Dios, por manos de Moisen y Aaron, seiscientos mil hebreos del poder de los Egipcios, el rey Faraon lo resistiendo y todo el reino los persiguiendo; mas al fin de sus contiendas los egipcios se ahogaron y los israelitas escaparon. Ya que los hijos de Israel estaban en salvo y caminaban por el desierto, salióles de traves á tomar el paso y á estorbarles el camino el rey de los amalequitas, Amalec, el cual no solo fué desbaratado, mas aun se tornó huyendo. Yendo mas adelante por su camino, salieron tambien á pelear con ellos los cananeos, hombres que eran muy ferocísimos y que moraban en unos montes muy ásperos; mas al fin tambien fuéron estos vencidos como los primeros. Los terceros que pelearon con los hebreos fuéron idumeos, al rey de los cuales llamaban Seon, y con este y con los de su reino pelearon muchas veces y aun recibieron mas reveses. Ya que los israelitas iban al cabo del desierto de Aran, acordaron los idumeos y mohabitas enviar á los reales de los hebreos muchas mujeres hermosas y deshonestas que los convidasen á pecar y incitasen á adulterar; y así fué que á todos los que no pudieron matar con armas vencieron con vicios. Ya que los tristes hebreos habian vencido á todas las naciones y gentes sobredichas á fuerza de armas, salieron de refresco á pelear con ellos otros bárbaros que llamaban los fereceos, jebuseos, eteos y amorreos; los cuales todos no solo fuéron vencidos, mas de sus tierras alanzados y tomados por cautivos. Hé aquí pues, honrado judío, cómo te he declarado á dó tu madre la sinagoga nació, de dónde decendió, por dó peregrinó, adónde murió, con quiénes peleó y las vitorias que alcanzó. Será pues agora la duda mia y pregunta tuya, por qué habiendo ella sido cautiva y perseguida de los caldeos, egipcios, amalequitas, idumeos y amonitas, mohabitas, fereceos, jebuseos, eteos y amorreos, á solos los idumeos y egipcios Dios perdona, y á todos los otros condena y manda echar de su república. Pues para entendimiento desto has de saber, judío honrado, que nunca cosa hace y promete nuestro Dios en este mundo, las cuales, aunque á los hombres son ocultas, en el abismo de su sabiduría son á él manifiestas; porque nosotros los mortales solamente vemos lo que Dios hace, mas no alcanzamos por qué lo hace. Si yo alcanzase lo que Dios alcanza, y supiese lo que Dios sabe, y pudiese lo que Dios puede, y hiciese lo que Dios hace, ó Dios sería yo, ó yo sería Dios. Pues es imposible que sea yo Dios, como es impósible que Dios sea yo, no nos metamos á escudriñar sus juicios; porque las obras que Dios hace, mas seguro nos es loarlas, que no disputarlas. Perdonar nuestro Dios á este y condénar aquel, sublimar á unos y abatir á otros, prosperar á los malos y abatir á los buenos, afligir á los pobres y consolar á los ricos, obras son estas que las vemos, mas no las entendemos, y por eso nos es sano consejo remitir el secreto dellas al que las hace. Hémonos de consolar y aun firmemente creer que es tan bueno en lo que hace y tan justo en lo que manda, que todas las cosas mide con su clemencia y las pesa con su justicia; porque si es Dios absoluto, no es juez corruto. No quiero tampoco pienses tú, judío, que yo me quiero evadir y excusar con decir que son juicios de Dios el perdonar á los egipcios y idumeos y condenar á todos los otros que fuéron nuestros enemigos; porque tú y yo no disputamos de cómo se entiende este paso en el *sensu* espiritual, sino literal. Cuanto á lo que toca á los egipcios, no podemos negar que no oprimieron y afligieron á los hebreos cuando en Egipto estaban con ellos cautivos; mas junto con esto socorriéronlos en el tiempo de la hambre, recibiéronlos en su reino, partieron con ellos sus tierras, y aun en casa del rey Faraon asentaron algunas de sus personas. Mandó pues Dios á los hebreos que no aborreciesen á los egipcios, porque los beneficios que habian recebido dellos en Egipto, no quiso que los olvidasen, ni ménos que los desagradeciesen. Deste tan notable ejemplo se puede colegir cómo nos hemos de haber con los que una vez nos sirvieron y despues nos ofendieron. Es á saber, que quiere Dios y manda tengamos en mas los servicios que nos hicieron en un dia, que no los enojos que nos dieron en un año. La diferencia que va de servir á Dios, á servir al mundo es que en la casa del mundo se olvidan muchos servicios por una ofensa, y en la casa de Dios se perdonan muchas ofensas por un servicio. ¡Oh alto y muy alto misterio, digno por cierto de saber y no ménos de imitar, ver que manda Dios á los israelitas tuviesen en mas un año que los egipcios los socorrieron habiendo hambre, que no cuatrocientos y quince que los mataron de hambre! La razon humana y la ley divina lo quiere, que por malo y ingrato que sea uno, ante todas cosas le seamos gratos del bien que dél recebimos, y despues desto nos asentemos con él á cuenta en lo que dél nos quejamos. Los hijos y nietos del rey David enormes pecados cometieron y muchas ofensas á su Dios hicieron; mas al fin fin todavía tuvo Dios mas respeto á lo que el buen rey David le habia servido, que no á lo que ellos le ofendieron: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges*, decia el profeta David; en lo cual se nos da á entender que no quiere Dios mas de nosotros, sino que á él seamos gratos y con nuestros hermanos piadosos. Mandó tambien Dios á los hebreos que no aborreciesen á los idumeos, no obstante que habian sido mortales enemigos; y la causa deste mandamiento fué porque los idumeos decendian del linaje de Esaú, hermano que fué de Jacob. De manera que en las opiniones eran contrarios, y en el parentesco muy propincuos. Deste tan notable ejemplo podemos, tú como judío y yo como cristiano, colegir que no hemos de tomar las ofensas y injurias que nos hacen nuestros deudos, como las que nos hacen los que son extraños; porque el mal que me hace el extraño es de pensar que lo hace de malicioso, mas el que me hace mi pariente no es de creer sino que lo hace de descuidado. Con el que es hueso de mis huesos y carne de mis carnes, no es justo ni aun tolerable que por una palabra que diga, alguna negligencia que haga, nos atufemos y dél nos apartemos; porque pariente con pariente, y aun hermano con hermano, no es ménos sino que algunas veces se enojen, mas no se sufre, que para siempre se enemisten. El pariente y el amigo que en el mal que hace no nos creyere y en nuestros trabajos no nos socorriere, justa cosa es que le avisemos y aun corrijamos; mas no cae so ley de bondad que le desamparemos ni desechemos; porque de la rencilla que pasa entre pariente y pariente no puede ir el uno lastimado sin quedar el otro afrentado. Los hebreos y los idumeos en la ley eran contrarios y en las opiniones muy enemigos, y solo por ser entre sí deudos les manda Dios que sean amigos, para dárnos á entender cuánto habemos de amar á los parientes buenos, pues manda Dios que no aborrezcamos aun á los que son malos. A muchos muchas veces he visto en este mundo, los cuales por una muy ligera negligencia echan luego al pariente de su casa; lo cual ellos hacen, no porque tenian razon, sino por tener alguna ocasion de no darles de lo que tienen ó no pagarles lo que les deben. Sea pues la conclusion desta mi letra, que te digo y te torno á decir, judío honrado, que el vedar Dios á los hebreos que no aborreciesen á los egipcios, fué por los beneficios que dellos en Egipto habian recebido; y el mandar que tampoco aborreciesen á los idumeos, fué que quiere Dios que con los deudos seamos gratos, y con los enemigos no seamos ingratos. Hé aquí pues, judío, absuelta tu duda, confusa tu porfía, acabada nuestra disputa y aun salido con

mi empresa: de manera que yo quedo libre de enviarte la hojaldre, y tú estás obligado á enviarme el vino de Soma. Hágote tambien saber, que el oficio que tenia en Nápoles tengo agora aquí en Roma, es á saber, irme á disputar cada sábado con los rabís en la sinagoga, y hablar y altercar en cosas de la Sagrada Escritura; y para decirte la verdad, tan poco fruto hago yo en ellos para tornarlos cristianos, como ellos hacen en mí para tornarme judío. No mas, sino que Dios sea en tu guarda, y á él plega de te traer á la santa fe católica. De Roma á 25 de marzo de 1537.

## EPISTOLA XI.

Letra para D. Francisco Manrique, en la cual el autor toca por delicado estilo de cuán peligrosa cosa es osar el hombre casado ser amigado.

Muy magnífico Caballero y muy travieso mancebo: No sé si lo hacia ser el papel grueso, ó la tinta tener poca goma, ó estar la pluma mal cortada, ó estar yo con alguna desgracia, que á fe de cristiano le juro que comencé esta letra á escribir tres veces, y tantas la hube de borrar y aun rasgar. Acontéceme muchas veces, que tengo la memoria tan fecunda y la elocuencia tan pronta, que con gran facilidad hallo lo que busco y digo lo que quiero; y por el contrario estoy otras veces conmigo tan amohinado y tengo el juicio tan remontado, que ni me agrada cosa que diga ni es digna de leer cosa que escriba. Visto esto, echando pues seso á monton, he hallado por mi cuenta que el turbarse mi pluma y el estar yo con tanta desgracia, ha sido la mala vida que pasa vuestra mujer y mi sobrina D.ª Teresa, la cual me dice que tiene tanta necesidad de consolacion, como Vm. la tiene de correccion. Yo he querido muy por extenso informarme en cuál de vosotros está el yerro y sea el mas culpado, y si no me engaño ó me engañan, hallo en vos, señor, la ocasion, y en ella la razon; porque de otra manera, si en ella estuviese toda la culpa, yo solo sería el verdugo de su pena. Los delitos y excesos que hacen las mujeres generosas y castizas como ella, muy poco castigo les sería el reprehenderlas ni aun el avisarlas, sino que las habian de tapiar vivas ó enterrarlas muertas; porque al hombre no le pedimos mas de que sea bueno, mas á la mujer honrada no le basta que lo sea, sino que lo parezca. Y pues vuestra mujer y mi sobrina en caso de bondad y gravedad es buena y parece buena, habeisme, Sr. D. Francisco, de perdonar si en esta mi letra defendiere su inocencia y agravare vuestra culpa; porque de los amigos y deudos háse de tomar el consejo y esperar el remedio. Viniendo pues al caso, ha de saber que un antiguo tirano llamado Corinto, ántes que fuese casado, dijo un dia al filósofo Demóstenes: Pues eres filósofo y te alabas de ser mi amigo, dime, así los dioses sean en tu guarda, ¿qué condiciones ha de tener la mujer con quien yo me hubiese de casar? A esta pregunta le respondió el filósofo Demóstenes: La mujer con quien tú te has de casar, oh Corinto, ha de ser rica, porque tengas con qué vivir; ha de ser generosa, porque tengas con qué te honrar; ha de ser moza, porque te pueda servir; ha de ser hermosa, porque no tengas qué desear; y ha de ser virtuosa, porque no tengas qué guardar. Y dijo mas Demóstenes: Al hombre que fuera destas condiciones eligiere mujer, mas sano consejo le sería celebrarle las obsequias, que no llevarle á las bodas; porque con verdad ninguno se puede llamar tan desdichado como el que erró en su casamiento. Nó obstante esto que dijo el filósofo Demóstenes, dice por otra parte el buen Boecio Severino en el libro de Consolacion: *Nihil in mortalibus ex omni parte beatum*; como si mas claro dijese: No hay en esta vida mortal cosa tan perfecta ni persona tan acabada, en la cual no haya qué emendar y se halle qué mejorar. Muy gran verdad dice en lo que dice Boecio; porque si hablamos en las cosas naturales, vemos por experiencia que nos aplace el fuego cuando nos escalienta, y nos enoja cuando nos quema. Tambien vemos que el aire por una parte nos recrea y por otra nos destempla. Tambien loamos la tierra á causa que nos cria y que nos sustenta; y por otra parte tambien nos enojamos con ella por ser infrutuosa para sembrar y enojosa de andar. Tambien nos aplacen las aguas de las fuentes y las de los rios por la sed que matan y por los pescados que crian; y por otra nos enojan y importunan por los hombres que ahogan y por las avenidas que traen. Tambien nos aplacen los animales á causa que andamos en ellos y nos aran los campos; mas por otra parte tambien son enojosos de gobernar y costosos de sustentar. El comer mucho ahita, y el comer poco enflaquece. El poco ejercicio es enfermo, y el mucho caminar es trabajoso. La soledad entristece, y la mucha conversacion importuna. La riqueza es cuidadosa, y la pobreza enojosa. El de alto ingenio tiene una punta de locura, y el de bajo juicio es del todo necio. El descasarse quita autoridad, y al que se casa no le falta hora ó cuidado ni aun necesidad. El que no tiene hijos no carece de cuidados, y al que Dios nuestro Señor es contento de se los dar, no le faltan con ellos siempre trabajos. Trabajar siempre cansa, y el holgar mucho empalaga. Dejadas pues las costumbres á una parte, si queremos hablar de los varones ilustres y muy nombrados que hubo en el mundo, bien hallarémos en ellos por una parte qué loar, y por otra qué desechar. Loan los griegos á su Hércules de muchas fuerzas, y nótanle de grandes tiranías. Loan los tebanos al su Alcamenes de sóbrio, y nótanle de deslenguado. Loan los lacedemonios á su Licurgo de gobernador celoso, y nótanle de juez apasionado. Loan los egipcios á su Isis de muy paciente, y nótanle de impúdico. Loan los atenienses al divino Platon de muy docto, y nótanle de grande avaro. Loan los troyanos á su Enéas de muy piadoso, y nótanle de pérfido. Loan los romanos al su gran Julio César de piadoso, y nótanle de muy superbo. Loan los cartaginenses al su capitan Aníbal de belicoso, y nótanle de muy versuto. Loan los godos al su rey Randagaismo de magnánimo, y nótanle de no verdadero. Loan los longobardos á su gran duque Valdoino de dadivoso, y nótanle de vinolento. Loan los agrigentinos á su señor Fálaris de elocuente, y nótanle de impaciente. Loan los rodos á Esquines de buen repúblico, y nótanle de muy bullicioso. Hé aquí pues cómo en varones tan notables hubo tan notables defetos; de lo cual se puede bien colegir que no hay harina sin salvado, ni nuez sin cáscara, ni árbol sin corteza, ni grano sin paja, ni aun hombre sin tacha. Si estas faltas se hallan en los hombres, de creer es que se hallarán algunas en las mujeres, las cuales de su condicion son flacas para resistir y muy fáciles de engañar. Desde que nací oigo quejarse á los hombres de las mujeres, y á las mujeres de los hombres; y ansí Dios á mí me salve, que ellos tienen razon en lo que dicen, y ellas tambien en lo de que



se quejan; porque el hombre y la mujer, cuan diferentes fuéron en la creacion, tan contrarios son en la condicion. Fuera de Cristo nuestro Dios y de su bendita Madre, excusado es pensar que nadie en esta vida puede escaparse de tropezar y aun de caer: de manera que si yo fuese creido, nadie se habia de escandalizar cuando les yerran, sino espantarse de cómo aciertan. He querido, Sr. D. Francisco, tomar de léjos esta correndilla, para traeros á la memoria el casamiento que hicistes con la Sra. D.ª Teresa mi sobrina, la cual con vos, y vos con ella os casastes, mas por voluntad que por necesidad; porque ella era dama y tenia con qué se remediar, y vos érades mayorazgo y teniades con qué os casar. Pues sabeis que vos la mirastes, vos la servistes, vos la escogistes, vos la seguistes, vos la recuestastes y aun vos la importunastes á que á otros dejase y con vos se casase, no es por cierto justo, sino muy injusto, que pues ella por os hacer placer se hizo vuestra, que vos á su despesar sirvais á otra. Mancebo de vuestra nacion y condicion dudo yo que haya casado con las calidades que vos casastes, es á saber: con mujer generosa, rica, moza, hermosa y virtuosa: de manera que en la corte os tienen muchos envidia y ninguno mancilla. ¡Oh cuántas y cuántas vemos cada dia, las cuales si son ricas no son hermosas, y si son hermosas no son generosas, y si son generosas no son virtuosas, y si son virtuosas no son mozas, y si son mozas no son bien afamadas, á cuya causa tienen sus maridos asaz que llorar, y sus parientes bien que remendar! Casamientos hay tan buenos y tan santos, que parece bien haberlos juntado Dios, y tambien hay otros tan perversos, que no dirán sino que los parió el demonio: de manera que osaríamos afirmar que es gran felicidad en el hombre acertarse bien á casar y saberse enteramente confesar. Al marido que le cupo en suerte mujer generosa, rica, moza, hermosa y virtuosa, si al tal le vieren buscar otra y andar tras otra, será porque le faltará cordura ó le sobrará locura. Declarándome mas, digo que se me ha quejado mucho D.ª Teresa mi sobrina, diciendo que andais, señor, de noche, dormis fuera de casa, visitais enamoradas, tratais con alcahuetas, ruais calles, ojeais ventanas, dais músicas, y lo que es peor de todo, que gastais mal la hacienda y traeis en peligro vuestra persona. Despues de haber andado por Francia, Portugal, Aragon, Italia, Flándes y Alemaña, tiempo era, Sr. D. Francisco, que os madurásedes y aun asosegásedes, pues teneis casa que gobernar y parientes con quien cumplir. Las travesuras que hacen los mozos, todas se les atribuyen á mocedades; mas ya que el hombre es casado, y junto con esto es vano y liviano, todos son á le condenar y ninguno á le excusar. Osaré decir con verdad y aun con libertad, que el hombre que con su mujer y casa no tiene cuenta, no se debe dél hacer cuenta; porque el tal malaventurado, ó no tiene sér, ó del todo se ha de perder. Andar en los pasos que andais y ir á las romerías ó ramerías que is, no puede redundar sino en daño de vuestra honra, en condenacion de vuestra ánima, en escándalo de vuestra casa y aun en perdicion de vuestra hacienda; porque á la hora que una mujer con vos no se puede casar, es cosa muy cierta que os ha de robar y aun pelar. Si no habeis piedad de vuestra ánima, habelda de vuestra hacienda, pues desde el dia que tomastes mujer y os nacieron hijos, habeis de teneros por dicho que en caso de vuestra hacienda no sois della, señor, sino tutor; porque tan bien es culpado el que la pierde como el que la roba. Si no habeis piedad de vuestra hacienda, habelda de vuestra honra; que pues quereis que en la preeminencia de palacio y en los oficios de la república seais mirado y reputado, no como mozo soltero, sino como caballero casado, justa cosa es que seais, no el que sois, sino el que presumis ser. Si no habeis piedad de vuestra honra, habelda de vuestra ánima; porque es tan delicada la ley de Cristo y es tan estrecho el mandamiento de Dios, que á las mujeres ajenas no solo prohibe el recuestarlas, mas aun el desearlas. Si no habeis piedad de vuestra ánima, habelda de vuestra casa propia; porque el dia que os determináredes de servir y seguir alguna mujer casada ó soltera, aquel dia poneis fuego á vuestra honra y casa. Si no habeis piedad de vuestra casa, habelda siquiera de vuestra salud y persona; porque, si yo no me engaño, todo hombre que se precia de beber de todas aguas y de andar rondando puertas ajenas, no es ménos sino que algun dia le quite la vida el que por él perdió la honra. Sufriros ha vuestra mujer que la matais de hambre, la traigais rota, la tengais retraida, la digais injurias y aun pongais en ella las manos, con tal que á ella sola ameis y aun con otra no andeis; porque para una mujer casada no hay mayor desesperacion que venir el marido á quebrar en ella los enojos, y guardar para otra sus pasatiempos. No sé cuál tiene mayor corazon, el marido en hacerlo ó la mujer en sufrirlo, es á saber, que se ria él fuera y riña en casa, hurte á ella para dar á la amiga, regale á otra y maltrate á ella, falte para los hijos y sobre para los vecinos. En la ley de bondad y aun de cristiandad, la fidelidad que debe la mujer al marido, aquella debe el marido á la mujer; y de aquí es que si como ellos pueden acusar á ellas, ellas pudiesen castigar á ellos, yo juro á mí, pecador, que ni las mujeres casadas viviesen tan quejosas, ni los maridos fuesen tan traviesos. Desde la hora que entre marido y mujer se contrae el santo matrimonio, tienen ambos á dos tan poca jurisdicion sobre sí, que sería especie de hurto él á otra ó ella á otro dar el cuerpo. Catad, señor D. Francisco, que vuestra mujer es moza, es hermosa, es aseada y aun deseada, y que le dais muy grande ocasion á que, si fuese otra de la que es, pues tantos ponen en ella los ojos, emplease ella en alguno su corazon. Ella es de los Guevaras, de los Bazanes y de los Robles; en cuyos tres linajes no se halla mujer que haya sido aviesa ni hombre que dejase de ser travieso: de manera que todos serémos contentos con que le seais vos tan amigable marido, como ella os es fiel mujer. Si no quisiéredes ser bueno por lo que toca á vuestra ánima, y á vuestra honra, y á vuestra hacienda, seldo siquiera por tener paz con vuestra mujer y familia; porque yo os doy mi fe que todos los placeres que tomáredes con vuestra amiga, los pagueis con las setenas de que torneis á casa. Por mas que una mujer sea sabia, cuerda, discreta, callada y aun santa, poder podrá ella morir; mas sus celos no los ha de dejar de pedir y aun de reñir: de manera que si ella padece por lo que dice, él tambien anda asombrado por lo que hace. En este caso no os fieis de la alcahueta, que no lo dirá; ni os fieis del page de amores, que no lo descubrirá; porque en cosas de celos son las mujeres tan agudas y aun tan dadivosas, que por saber á do su marido entra y quién es la con quien habla, corromperán á los vivos con dineros, y llamarán á los muertos con con-

juros. Y porque en materia tan odiosa no es razon que la pluma ande ya mas desmandada, concluyo esta letra con deciros y rogaros que si os quisiéredes avisar y de aquí adelante emendar, yo seré el dichoso, y vos, señor, el mejor librado; donde no, oblígome á teneros por deudo, mas no por amigo. No mas, sino que nuestro Señor sea en su guarda, y á mí dé gracia que le sirva. De Avila á 8 de enero de 1527.

## EPISTOLA XII.

Letra para el comendador Rodrigo Enriquez, en la cual se expone la autoridad del santo Job, que dice: *Factus sum mihimetipsi gravis.*

Muy magnífico Señor y vecino honrado: Ni Vm. sería notado de importuno ni yo sería acusado de mal criado, si guardásedes el consejo que yo os dí una vez en Toledo, es á saber, que con muy gran atencion oyésedes los sermones y confesásedes los pecados; porque del sermon no se os pasase alguna palabra, y de la confesion no se os olvidase alguna circunstancia. Quince dias ántes que predique á César en palacio, traigo los ojos desvelados, la memoria ocupada, el juicio fatigado, y á mí de mí mismo enajenado, y despues de todo esto, al tiempo que comienzo á predicar, echáisos vos, señor, á dormir; y lo que es mejor de todo, que como jugais de cabeza con el sueño, pienso que aprobais todo lo que digo, y no es sino que, señor, estáis cabeceando. Si os desavezásedes de acostar á las dos de la noche, y quisiésedes olvidar de levantaros á las once del dia, y de nó dar tantas vueltas por la calle empedrada, no andariades tan acosado ni estariades tan desvelado; mas ¡ay dolor! que vos y todos los otros como vos, guardais el parlar para la iglesia y el dormir para el sermon. Pedisme por vuestra carta que os diga lo que dije estotro dia en el sermon que prediqué en palacio á César sobre aquella palabra de Job, que dice: *Factus sum mihimetipsi gravis*; acerca de la cual soy cierto que daréis mejores señas de lo que vos soñastes, que no de lo que yo predicaba. Yo quiero hacer lo que agora me encomendais, con tal condicion que de aquí adelante vos os enmendeis; y la enmienda ha de ser, que no seais tan absoluto en el vivir ni tan pesado en el dormir; porque lo uno acarrea torpedad y lo otro liviandad. Dice pues el santo Job: *Factus sum mihimetipsi gravis*; como si mas claro dijese: De nadie tanto como de mí yo estoy quejoso y agraviado, porque yo mismo á mí mismo soy enojoso y pesado. Cosa nunca oida y queja nunca vista es esta; porque por mas que sea un hombre culpado y aun de la culpa convencido, siempre trabaja de á sí desculpar y á otros acusar. No hay cosa mas comun en el mundo, que es el tropezar, el caer, el se derrostrar y el muy poco se enmendar; y con todas estas faltas y ofensas, no queremos perdonar la injuria que recebimos, y muy ménos confesar la culpa que tenemos. Quéjanse los hombres, de la tierra, que no da fruto; del mar, que es peligroso; del aire, que es corrupto; de la fortuna, que es inconstante; del amigo, que es doblado, y del tiempo, que es muy presuroso; mas á nadie veo quejarse de sí mismo: de manera que como bisoño tahur no echa la culpa al saber él poco del juego, sino á decirle mal el dado. Y porque esta palabra es muy delicada y misteriosa, y se queja el santo Job que nadie sino él mismo se hace la guerra, serános necesario contar aquí por órden cuántas maneras hay en el mundo de guerras con las cuales los hombres guerrean á otros, y son de otros guerreados. Hay pues un género de guerra que se llama real, otra se llama guerra civil, otra se llama mas que civil, otra se llama personal, y aun otra se llama cordial. De las cuales todas y de cada una dellas dirémos lo que leímos y aun lo que sentimos. Llámase la primera guerra, guerra real, y esta es la que se hace de rey á rey ó de reino á reino, así como las guerras que hubo entre el rey Darío y el Magno Alejandro, y las que hubo entre la ciudad de Roma y la de Cartago; las cuales aunque no tenian reyes, eran por sí cabezas de reinos. El primero que inventó este género de guerra, dicen que fué el rey Belo, hijo que fué del rey Nino; y de este rey Belo vino este nombre *bellum*, que quiere decir guerra ó batalla, la cual se comenzó en Asiria, que agora se llama Suria. Otros dicen que el primero príncipe que tomó armas en el mundo, fué el tirano Nembrot, hijo que fué de Belo y nieto de Nino; y á este llamó la Escritura Sacra *Oppressor hominum*, que quiere decir, hombre que tomaba por fuerza lo que no le daban de grado. Otros dicen que fué el primero que sacó gente en campo, Codorlamor, rey de Sodoma y de las tierras Salinarias, contra el cual salió al camino el buen patriarca Abrahan, por causa de á su sobrino Lot favorecer y aun defender. Todo esto contradicen y de todo esto apelan los egipcios, los cuales se tienen por dicho que el su gran rey Prometeo fué el primero que inventó la manera de guerra en el mundo, y esta guerra fué contra el rey de los sicionios, Orestes, sobre cuál dellos se casaria con la hija del rey de Salamina, que era de todo el reino única heredera. Ora sea Belo, ora sea Nembrot, ora sea Codorlamor, ora sea Prometeo, el primero que levantó guerra en el mundo, en malos fuegos arda y nunca de allá salga, pues pervirtió la órden del vivir y avezó á los hombres á se matar. Despues que se levantaron los tiranos y se inventaron las guerras en el mundo, se comenzaron los hombres á juntarse unos con otros, y á edificar torres y hacer repúblicas para se saber gobernar y se poder defender. Antes que hubiese guerras en el mundo, moraban los hombres en los campos, comian solamente frutas, vivian con sus manos, dormian en las cuevas, vestíanse de pellejos, andaban todos descalzos, nadie tenia nada propio, sino que á todos era todo comun, y aquel fué el siglo que llamaron dorado, como á este nuestro llaman de hierro. Hay otra guerra que se llama guerra civil, la cual no es entre reinos y reinos, sino entre vecinos y vecinos; y esta es cuando una ciudad se parte en dos bandos, y salen á pelear los unos contra los otros. Esta guerra civil anduvo dentro de Cartago mucho tiempo, entre los hannones y asdrúbales; y anduvo en Roma entre los silanos y marianos, y despues anduvo entre cesarianos y pompeyanos; los cuales todos primero perdieron las vidas, que se acabasen sus contiendas. Hay otra guerra que se llama, no civil, sino mas que civil; y esta no es entre reino y reino, ni entre pueblo y pueblo, sino entre primo y primo, entre padre y hijo, y entre tio y sobrino: tal fué la guerra que pasó entre César y Pompeyo en la gran Farsalia, en la cual despues de rota y vencida la batalla, andaban por el campo amojonando y señalando las estaciones, y diciéndose unos á otros estas palabras: Aquí se mataron los dos hermanos, aquí se combatieron los dos primos, aquí pelearon los dos cuñados, y aquí cayeron



los tios y sobrinos. Guerra mas que civil fué la que anduvo entre Heródes Ascalonita y sus hijos Arquelao y Filipo, en la cual guerra los hijos intentaron de matar al padre, y el padre al fin mató á ellos. Guerra mas que civil fué la que anduvo entre el buen rey David y su desdichado hijo Absalon, el cual á fuerza de armas intentó de quitar á su padre el reino, y al fin, no solo no salió con la empresa, mas aun murió ahorcado de una encina. Guerra mas que civil fué la de los Ayaces griegos, la de los Telemones argivos, la de los Brias licaonios, la de los Anteos troyanos, la de los Amílcares cartaginenses y la de los Fabricios romanos. Esta guerra mas que civil, es la mas civil y mas peligrosa guerra de todas; porque las pasiones y enemistades que entran entre parientes y propincuos, tanto son entre sí mas crueles enemigos, cuanto en sangre son ellos mismos deudos. Hay otra guerra que se llama particular ó singular, y esta es cuando dos muy valientes hombres hacen campo sobre averiguar algun grave negocio. Desta manera de guerra pelearon entre sí el Magno Alejandro y el muy esforzado rey Poro, sobre el señorío de la gran India á do el triste rey Poro quedó vencido y el buen Alejandro por vencedor. Desta manera de guerra pelearon Enéas el troyano y el rey Turno latino, sobre el casamiento de la princesa Lavinia, la cual era única heredera de todo el reino de Albania; á do Turno murió y Enéas venció. Desta manera de guerra pelearon el rey David y el superbo gigante Golías en medio del ejército de los hebreos y de los filisteos, á do el uno fué armado y el otro desarmado, y al fin el buen mancebo David mató á Golías con una honda, y le degolló con una espada. Desta manera de guerra pelearon el emperador Constantino y el emperador Majencio sobre la puente del rio Danubio, á do el uno hubo la victoria y el otro perdió la vida. Desta manera de guerra pelearon entre sí el gran Viriato hispano y el capitan romano Macrino, y este desafío fué entre las barcas de Alconeta y el Casar de Cáceres, que es en el camino de la Plata, por do van de Valladolid á Sevilla, á do Macrino fué vencido y el buen Viriato quedó vencedor.

*Aplica el autor lo dicho á lo que quiere decir: es á saber, de la guerra que hace el hombre á sí mismo.*

Hay otro género de guerra, la cual ni es entre reino y reino, ni entre rey y rey, ni entre vecinos y vecinos, ni entre parientes y parientes, ni entre persona y persona; sino que yo mismo peleo contra mí mismo, sin que otro me haga guerra ni ofenda mi persona. No inmérito hemos querido contar aquí todas las maneras que hay de guerras, para que cotejada esta con todas, y todas con esta, se hallará por verdad que es la mas peligrosa para emprender y la mas dificultosa para vencer, de todas ellas; porque en ella el que vence queda vencido, y el vencido queda por vencedor. Llámase esta guerra, guerra cordial ó entrañal; porque en el corazon se engendra, en el corazon se trata y aun en el corazon se ceba, á do las saetas son las lágrimas y los tiros son suspiros, y el darse buena maña en llorar, es el saber bien pelear. En esta guerra pelean entre sí y contra sí el amor y el temor, el regalo y la aspereza, el ayuno y la abstinencia, el callar y el pelear, el robo y la limosna, la razon y la sensualidad, la pereza y la solicitud, el bullicio y el reposo, la ira y la paciencia, la avaricia y la largueza, y aun el perdon y la venganza. En esta infelice guerra no peleamos acompañados, sino solos; no en público, sino en secreto; no en la plaza, sino en la casa; no con hierro, sino con el pensamiento; no con otros, sino con nosotros mismos; no que se vea, sino que se sienta; y lo que es mas grave de todo, hémonos de dejar vencer, para que nos alabemos de quedar vencedores. En esta guerra se hallaron, y en esta guerra pelearon, y aun en esta guerra acabaron todos los buenos y virtuosos que ha habido en el mundo hasta hoy, los cuales tanto á Dios fuéron mas aceptos, cuanto á sí mismos eran mas contrarios; porque en vencer ó no vencer la sensualidad á la razon, consiste nuestra perdicion ó nuestra salvacion. Cosa es de espantar que al santo Job se le cayó la casa, perdió la hacienda, se hinchó de sarna, le molestaban los amigos, le increpaba la mujer, le mataron á todos los hijos, y le comian en el muladar los gusanos, y entre todos estos trabajos, de ninguno tiene tanta queja, como es de su propia persona, llorando y diciendo: *Factus sum mihimetipsi gravis.* Desta guerra y de su propia persona se quejaba el Apóstol cuando decia: *Infelix homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Como si mas claro dijera: ¡Oh triste y desdichado de mí! ¿y cuándo veré á mí libre de mí, para que pueda lo que quiero; y no como agora, que quiero lo que no puedo? Desta guerra tan guerreada decia el buen Agustino en sus Confesiones: ¡Oh cuántas veces me vi lijero y aherrojado, no con hierro y con cadenas, sino con mis sensualidades propias, llorando á voz en grito y quejándome, no de otro, sino de mí mismo; porque dí al demonio el mi querer, y del mi querer hacia él mi no querer. Desta guerra decia Anselmo en sus Meditaciones: ¡Ay de mí, ay de mí! ¿qué haré, á do huiré? Pues yo mismo soy contrario á mí mismo, y que viviendo en mí, ando enajenado de mí; y lo que es peor de todo, que me sé mucho quejar y nunca me sé remediar, *quia factus sum mihimetipsi gravis.* Desta guerra decia Isidoro en el libro *De summo bono*: Anda tan ofuscado mi juicio, tan ocupada mi memoria, tan remontado mi entendimiento y tan alterado mi pensamiento, que ni sé lo que quiero aunque me lo dén, ni de qué estoy quejoso aunque me lo pregunten: de manera que muchas veces deseo saber de mí, y aun pregunto á mí por mí. Desta guerra decia el glorioso Bernardo: ¡Oh buen Jesú! y cómo *factus sum mihimetipsi gravis*; pues la hambre me desmaya, el comer me ahita, el frio me encoge, el calor me congoja, la soledad me entristece y la compañía me importuna; y lo que es mas grave de todo, que con nada estoy contento y de mí estoy muy descontento. Desta nuestra guerra decia el glorioso S. Jerónimo: No puedo negar, *quod factus sum mihimetipsi gravis*; pues el demonio lo solicitando y la carne lo queriendo, querria mi sensualidad procurar honras, adquirir riquezas, tener favores, mandar mucho, tener mucho, poder mucho y tener á todos en poco: de manera que querria ser en el mandar único y de los trabajos estar exento. Desta infelice guerra decia el glorioso Ambrosio: Conociendo de mí *quod factus sum mihimetipsi gravis*, me aparto de los hombres, porque no me alteren; huyo del demonio, porque no me engañe; retráigome del mundo, porque no me dañe; renuncio las riquezas, porque no me corrompan, y doy de mano á las honras, porque no me ensoberbezcan. Y con todos estos retraimientos y encogimientos, cada dia

me voy en las virtudes aflojando y me meto en el mundo mas y mas á lo hondo. He querido traer á la memoria los dichos destos varones tan santos, para que miremos por nosotros, los que somos pecadores; que pues ellos se quejan de sí mismos, no es justo nos fiemos de nosotros propios; porque el hombre cuerdo de nadie ha de estar tan sospechoso como es de sí mismo. El buen marques de Santillana decia, y decia muy bien, en una su copla:

En la guerra que poseo,
Siendo mi sér contra sí,
Pues yo mismo me guerreo,
Defiéndame Dios de mí.

*Factus sum mihimetipsi gravis;* pues si tengo al rey por enemigo, voyme de su reino; y si al que es caballero, sálgome de su tierra; y si al que es justicia, voyme de su juridicion; y si al que es mi vecino, apártome de su barrio; mas si tengo, como tengo, á mí propio por enemigo, ¿cómo será posible huir de mí mismo? *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues en un mismo corazon, y de unas puertas adentro, tengo de secrestar y guardar el amor y desamor, el mi querer y no querer, el mi contento y descontento, la mi prosperidad y adversidad, y aun la esperanza y la desesperanza: de manera que ando muy confiado de mí, que me traigo siempre vendido: *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues de dia y de noche ando suspenso, y estoy indeterminado sobre qué es lo que elegiré ó desecharé, amaré ó aborreceré, seguiré ó perseguiré, daré ó guardaré, diré ó callaré, iré ó quedaré, sufriré ó vengaré, tomaré ó dejaré. Y al fin al fin, en todas las cosas soy desdichado, sino es en las desdichas, que soy muy dichoso. *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues todas las cosas desta triste vida en que vivo, me hartan, todas me cansan, todas me enojan, todas me aburren, todas me desplacen, todas me empalagan y aun todas me ahitan: de manera que por una parte estoy ya cansado de vivir, y por otra parte no me querria morir. *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues la soberbia me acocea, la envidia me muele, la pereza me empereza, la gula me regala y la continencia me despierta; y lo que es peor de todo, que si ceso algun poco de pecar, no es porque no quiero, sino porque del pecar ando cansado. *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues si estoy malo, es por lo que comí; si pobre, por lo que jugué; si triste, por lo que amé; si desterrado, por lo que emprendí; si afrentado, por lo que levanté; si castigado, por lo que cometí; si descontento, por lo que elegí: de manera que nadie se puede quejar de nadie como de sí mismo; pues de todos los trabajos que padecemos, por una parte nos quejamos y por otra los buscamos. *Factus sum mihimetipsi gravis;* pues doy lugar á mis ojos que miren ventanas, á mi lengua que diga mentiras, á mis orejas que oigan lisonjas, á mis piés que vayan á ramerías, y á mi corazon que ame á cosas vanas: de manera que si todos los miembros que hay en mí dejan de pecar, no es porque les voy yo á la mano, sino por miedo de algun castigo. Siendo verdad, como es verdad, *quod factus sum mihimetipsi gravis,* ¿con quién tendré yo verdadera paz, pues conmigo mismo tengo tan continua guerra? A quién no seré enojoso, pues yo mismo á mí mismo soy grave y pesado? De quién con verdad daré yo queja, pues de mí mas que de nadie estoy quejoso? Qué bien ni provecho puede esperar nadie de mí, pues yo mismo soy contra mí? Para qué procuro de alargar mas la vida, pues yo mismo á mí mismo me doy tan mala vida? ¡Oh triste de mí, y ay triste de mí, cómo y cómo *factus sum mihimetipsi gravis;* pues nadie tiene tan crueles enemigos, como los tengo yo en mis propios deseos, los cuales por una parte me traen asombrado y por la otra muy osado! *Factus sum mihimetipsi gravis.* De que me paro bien á pensar lo mucho que tengo, y lo poco que doy; el tiempo que pierdo, y el daño que hago; las mercedes recebidas, y la ingratitud de todas ellas; la solicitud en el pecar, y el descuido de me enmendar; el mal que hago, y el bien que estorbo, digo y afirmo que he vergüenza de vivir y muy gran temor de morir. Y porque despues de palabras tan santas no es razon de hablar en otras cosas que no sean conformes á estas, concluyo esta mi carta con rogar á nuestro Señor me dé gracia para estas palabras sentir como las sé escribir. De Avila á 30 de agosto 1528.

## EPISTOLA XIII.

Letra para D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque y conde de Ledesma, en la cual el autor le consuela de la muerte de su nuera D.ª Constanza de Leiva.

Muy ilustre Señor y cristiano verdadero: El buen Tito Livio, escribiendo el *Bello Cartaginense,* dice que dos años ántes que pasase Aníbal en Italia, se encendió sin nadie le poner fuego el templo del dios Júpiter, sin quedar en él cosa que mirar, y ménos que aprovechar. Lucano tambien dice que no tres meses ántes que Julio César y el gran Pompeyo diesen contra sí la batalla de la Farsalia, se ardió y quemó el templo del dios Apolo, el cual estaba arrimado á las casas á do vivia Pompeyo. Josefo el hebreo dice que cuarenta dias ántes que Nabuzardan, capitan de los asirios, cercase y tomase á Salem, que agora se llama Jerusalem, se ardió y quemó mas de la mitad del templo santo de Salomon, no sin gran culpa de los que lo hicieron y gran lástima de los que lo vieron. Marco Ancio, capitan romano, teniendo cercada á la gran Numancia, que agora es Soria, como le dijesen que la cripta á do él oraba era quemada, dijo sospirando: Séanme todos testigos desto que digo y de lo que ha acontecido, que pues hoy se ha quemado mi oratorio, seré yo mañana de los numantinos vencido; lo cual fué así verdad, porque otro dia que pasó esto, fué el infelice de Marco Ancio, no solo vencido, mas aun muerto. Fabio Cecilio, cónsul y dictador que fué romano y capitan contra los bruscos, como le avisasen allá á do estaba, que á las espaldas de la casa de un su hijo se habia quemado el templo del dios Marte, escribióle estas palabras: Mira por tí, hijo mio Quincio, para que aplaques con sacrificios á los dioses y te reconcilies con los hombres; que pues ellos no han perdonado su casa, á do los servian, ménos pienso perdonarán la tuya, á do los ofenden. Plutarco, contando esta historia, dice que á dos dias ántes que llegase la carta del padre al hijo, ya su casa era caida y él y toda su familia allí muerta. El egregio Agustino dice que Alarico, rey de los godos, ántes que entrase y entregase á Roma, llovió leche y sangre en muchas partes de Italia. El glorioso Gregorio dice que en su tiempo aconteció, y con sus propios ojos lo vió, pelear hombres de fuego con hombres de fuego en el aire, en aquella forma y manera que pocos meses despues pelearon los longobardos con los romanos, cabe el



Tesin de Lombardía. San Isidoro dice que en su tiempo y casi en su presencia se dió la gran batalla en los campos tolosanos, entre Randagaismo, rey de los godos, y entre Atila, rey de los hunos; diez dias ántes de la cual se vió manar olio de la imágen de Randagaismo, y llorar sangre de los ojos otra imágen de Atila. Viniendo pues al propósito, quiero por lo dicho decir, muy ilustre señor, que si como vuestra Señoría es católico, fuera agorero, y si como es caballero cristiano, fuera capitan romano, con muy gran sobresalto viviera, y por sospechoso agüero tuviera el ver á su casa caer y á San Francisco y á santa Clara de Cuellar quemar. En las divinas y humanas letras es cosa muy antigua y de inmemoriable tiempo muy probada, que á los grandes hechos les precedan grandes prodigios, así por no tomarnos Dios de sobresalto, como porque esté cada uno apercebido. Para mí tengo creido que cuando Dios nuestro Señor permite que algunos prodigios ó portentos vengan y acontezcan á do los veamos ó los oyamos, no quiere que los tomemos por mal agüero como gentiles, sino por buen aviso como cristianos, porque él no anda por espantarnos, sino por avisarnos; pues querria él ántes vernos enmendados, que no castigados. A este propósito decia el buen profeta David: *Castigans castigavit me Dominus, sed morti non tradidit me;* como si mas claro dijese: Es tan benigno y compasivo mi Dios y Redentor, que amagó para herirme, y despues no quiso ni aun tocarme.

Hablando mas en particular, aquella competencia que tuvistes, señor, tan prolija, tan costosa y tan enojosa, sobre el casar á vuestra hermana; aquel caérseos vuestra casa y fortaleza, aquel encendérseos tantos y tan ricos pinares, aquel desastre de quemarse Santa Clara, aquella desdicha de arderse el monasterio de San Francisco, aquella nueva desgracia que teneis entre vosotros los hermanos, y aquella lamentable muerte de la señora Marquesa, si yo he bien contado, siete plagas, y no una ménos, son estas, muy dignas de sentir, y muy graves de sufrir, y asaz lastimosas de oir. Mas compasion me ponen las siete plagas que á vuestras puertas han tocado, que todas las diez con que fué castigada Egipto; porque aquellas fuéron hechas en un rey tirano, y estas en un caballero cristiano; y lo que es mas de todo, que aquellas se derramaron por sus tierras, y estas están juntas en vuestras entrañas. Yo, Sr. Duque, teníaos por bueno, mas no por tan bueno; teníaos por cristiano, mas no por tan buen cristiano; teníaos por en el número de los confesores, mas no de los mártires; y digo, señor, que seréis mártir si los trabajos que padeceis tomais en paciencia como bueno, y no como hombre mal fortunado. No fuéron mártires los mártires, por los trabajos que padecieron, sino por la paciencia que en ellos tuvieron; porque Cristo no dijo: *In laboribus, sed in patientia vestra possidebitis animas vestras.* Que seais, Sr. Duque, perseguido con Abel, de Cain; con Noé, de los idólatras; con Abraham, de los caldeos; con Jacob, de Esaú; con Josef, de sus hermanos, y con Job, de sus amigos, téngolo por cosa enojosa, mas no peligrosa; porque en el palacio real tienen por privado al que el rey regala, y en la casa de Dios al que él castiga. Permitir nuestro Señor que cegase Tobías, condenasen á Susana, aterrasen á Isaías, empozasen á Jeremías, cautivasen á Daniel y abofeteasen á Miquéas, no fué porque eran ellos malos, sino porque eran de Dios privados. Si fe tenemos y si á Cristo creemos, no hay mayor tentacion que no ser tentados, y no hay mayor castigo que no ser de Dios castigados; porque los trabajos y aflicciones que nos vienen de las manos de Dios, no es justo decir que con ellos nos castiga, sino que nos avisa. Muy diferente es, ilustre señor, el lenguaje del cielo al lenguaje del suelo; porque acá llaman al castigar afrentar, y allá llaman al castigar regalar: de manera que los mas castigados son los mas regalados. En la casa del buen cristiano, el levantarse pleitos, el caerse edificios, el nacer enemistades, el haber enfermedades, el sobrevenir pérdidas y el morirse los hijos, no es otra cosa sino una librea que da Dios á sus escogidos, y un almagre con que señala á los suyos muy privados. No quejándose como perseguido, sino preciándose de privado, decia el santo David: *Omnes fluctus tuos induxisti super me;* como si dijese: Todos los trabajos y peligros que das á otros á pedazos, me los diste á mí, Señor, enteros. No contento el santo Job con que habia perdido siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientos pares de bueyes, mil asnos, siete hijos, decia y pedia á Dios: *Hæc sit mihi consolatio, ut afligens me dolore, non parcas;* como si dijese: No puedes, Señor, hacerme á mí mayor merced y consolacion, que afligirme con azotes y corregirme de mis aviesos. No estaba fuera desta opinion el buen apóstol S. Pablo cuando decia: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* ¡Oh altas y muy altas palabras, las cuales, aunque son de muchos leidas, son de muy pocos entendidas y de muchos ménos sentidas, porque traciende la capacidad humana y requiere otra angélica, poner el Apóstol su bienaventuranza, no en el monte Tabor á do Cristo mostró su gloria, sino en la áspera cruz á do él perdió su vida! El que pone su vida en la cruz, ha de vivir como en la cruz, en la cual el bendito Jesú fué despojado de los sayones, injuriado de los hebreos, acompañado de los ladrones y alanceado de los caballeros; y todo esto se obliga el Apóstol de sufrir y en ello se gloriar, porque solo aquello tenia él por gloria, que le encaminaba ir á la gloria. En esta cuenta estaba y deste parecer era su alteza del rey David cuando decia: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas;* como si mas claro dijera: ¡Oh cuánto bien, Señor, me has hecho en haberme de tu mano humillado; porque á la hora que pusiste las manos en mí, luego torné sobre mí! No estaba con pensamiento de quejarse de Dios el Profeta, que hablando con Dios, decia: *Tribulatio et angustia invenerunt me, quoniam mandata tua dilexi;* como si mas claro dijera: El galardon que tú, mi Dios y Señor, me das por haberte escogido y haberte servido, es traerme siempre atribulado y dejarme ser perseguido. Yo, Sr. Duque, no soy profeta ni aun hijo de profeta, mas desde agora digo y afirmo que, despues acá que por el estado de vuestra Señoría han pasado tan atroces trabajos y á su corazon han lastimado tantos enojos, si estáis, señor, arrepiso de los delitos pasados y con buenos propósitos para los tiempos futuros, es señal que os habeis de salvar; porque no es otra cosa la tribulacion en el justo, sino un despertador de lo en que erramos y un mullidor para lo que hagamos. Y pues esto es así, como tengo creido que es así, tenéos, señor, por muy dichoso de veros con los amigos de Dios perseguido, y esto será verdadero si de las persecuciones escapais emendado. Tocando pues el